

Humanismo Cristiano, cohesión social y familia

Timothy R. Scully C.S.C

Director Departamento de Gobierno del Programa de Estudios Latinoamericanos
en el Hellen Kelloggs Institute for International Studies
Universidad de Notre Dame.

1.- Introducción

Primero que todo, quiero agradecer a mis amigos y colegas, Ignacio Walker y Gutenberg Martínez, personas por las cuales tengo el mayor aprecio y admiración, la oportunidad de compartir algunas palabras esta mañana sobre la familia y la cohesión social. Escogí este tema hoy porque, desde mi llegada a Chile en 1979, he notado y experimentado personalmente cuan vital e importante es la vida familiar en este pueblo. Es una fuente de gran aliento y vida. Y sin embargo, los científicos sociales como yo hablamos poco o nada de ella.

Yo soy un enamorado de Chile, y he sido beneficiario de la vida familiar más rica y plena que cualquier experiencia familiar que hubiera tenido anteriormente en mi país, Estados Unidos.

Pero antes de entrar en la materia, una confesión personal. Cuando llegué a Chile en 1979, en plena dictadura militar, era profesor en el Colegio St. George. El ambiente político en ese tiempo, como algunos de ustedes recordarán, era sumamente ideologizado. Los alumnos en el colegio, los profesores; la comunidad entera, estaba dividida y conflictuada. Recuerdo bien un día, en que uno de mis alumnos en la enseñanza media me preguntó, padre ¿militas tú?. Respondía yo: ¿Cómo es la pregunta? (no entendía nada de español, siendo gringo recién llegado a Chile). El alumno repitió: ¿Militas? Por supuesto, yo había pensado que me estaba preguntando ¿si era militar! Y así respondí: Absolutamente NO, nunca, ¡cómo se te ocurre! El pobre alumno se vio sorprendido por la vehemencia de mi respuesta. Solo unos meses después logré entender lo que ese alumno me preguntaba. La respuesta debería haber sido: Soy, primero que nada cristiano y segundo, demócrata. Y con eso, ustedes pueden deducir todo lo demás.

Y me siento muy en casa aquí, en la casa de la revolución en libertad verdadera.

La familia chilena es una institución demasiado importante para el bienestar, la cohesión social y la conversación nacional como para que la dejemos de lado. Se trata de un tema eje en el discurso político. Tampoco tiene sentido dejar que fuerzas políticas, más de tendencia conservadora, se aprovechen y se hagan dueños de este tema.

El futuro de la viabilidad de pensamiento humanista cristiano depende en buena parte que pongamos a la familia y su vitalidad en el centro de nuestro discurso y quehacer político.

2.- Modernización, Familia y la Cohesión Social.

En las últimas décadas, tanto Chile como la mayoría de los demás países en América Latina, han experimentado un acelerado proceso de modernización. Los efectos que esto ha tenido sobre la familia han sido gigantescos. Y estos efectos, por su parte, traen consigo unas consecuencias de gran importancia para el bienestar de nuestros pueblos en la región.

Como hemos argumentado en trabajos anteriores, el tema de la familia no ha recibido la atención que merece en trabajos académicos en América Latina. Además, el tema de la familia es habitualmente una cuestión que aprovechan fuerzas y tendencias políticas más bien conservadoras. La retórica es a menudo moralista y alarmante, con una

conceptualización que intenta demostrar una crisis moral de carácter social. Estos comentarios a veces imputan directamente todo tipo de “enfermedades sociales”, tales como el fracaso y la deserción escolar, la delincuencia juvenil, la prostitución infantil, la drogadicción... a la “crisis de la familia”. Sin embargo, estas perspectivas chocan con las tendencias de la sociedad moderna, las que exigen una creciente corresponsabilidad de hombres y mujeres en los ámbitos privados y públicos.

¿Qué está pasando realmente con la familia en países en vías de modernización en América Latina; la familia que es fuente al mismo tiempo de tantas expectativas y de tanta frustración? ¿Por qué estas transformaciones traen consigo importantes consecuencias para el bienestar de las personas y la cohesión social? ¿Qué políticas públicas son más relevantes para optimizar el bienestar de las personas en vista de estos desafíos que erosionan la familia?

3.- ¿Qué pasa?

La modernización ha tenido un impacto profundo sobre la institución de la familia.

El primer cambio -y quizá el más visible- es el que dice relación con la diversificación de la familia.

Lo que se consideraba a mediados del siglo pasado como el estado final de la evolución de las formas de vivir en familia, como producto de la urbanización y la industrialización, es decir la familia nuclear biparental, no se materializó al grado que se esperaba. La clásica familia nuclear biparental, basada en el matrimonio, es todavía predominante, pero sus alternativas, que de algún modo y con muchas variaciones de país en país siempre existieron, no han desaparecido, sino parecen haberse fortalecido.

Aumentan así las parejas sin hijos, la cohabitación extra conyugal, las familias uniparentales, pre- y pos-divorcio, las familias con hijos de diferentes progenitores, y sólo se restringen las tradicionales familias extendidas. A estas formas de familia algunos agregan las uniones constituidas por homosexuales, que crecientemente reclaman el estatus de familia, incluyendo la adopción de hijos. Como consecuencia de todo ello, la noción de familia se vuelve difícil de fijar empíricamente, pues sea cual fuere la forma que asuman, todos ellos reclaman para sí el nombre de familia. A comienzos del siglo XXI, lo que se refuerza no es la familia, sino la multiplicidad de los mensajes.

En segundo lugar, la familia contemporánea presenta una creciente desformalización. Pierde terreno el matrimonio tradicional como vínculo normativo y se da inicio a la creación de nuevas familias. Simultáneamente aumentan las separaciones y divorcios. Se crean nuevas formas de vinculación entre parejas, con un marcado acento en el plano afectivo, pero con mayor inestabilidad y fluidez.

La tercera transformación fundamental tiene que ver con el cambio en la división de las tareas. Conforme aumentan las mujeres que se integran al mercado laboral formal, se desdibuja la división sexual de trabajo que le asignaba a la mujer el campo doméstico. A esto hay que sumar que la diferencia salarial entre mujeres y hombres en el mercado de trabajo se reduce, en gran parte, debido a que las mujeres comienzan a superar a los hombres en el campo educacional.

En los EE.UU., las tasas de matrimonios legalmente sancionados han venido decreciendo, incrementándose además la edad de contraer el primer matrimonio, la natalidad fuera del mismo crece sistemáticamente y las tasas de divorcio han aumentado. De hecho, se habría pasado desde una institución basada en la división de funciones según género, a una entidad que se funda en un acuerdo económico en donde ambas partes son proveedoras.

En los países europeos, el movimiento ha sido muy parecido. Se desarticula la familia nuclear tradicional y emergen nuevas formas de convivencia que redefinen los límites entre lo que es y no es una familia.

Los datos de base son parecidos a EE.UU.: aumento en la tasa de mujeres solteras con hijos, postergación del matrimonio y la maternidad, incremento de la cohabitación como sustituto del matrimonio y aumento (aunque más lento) de la tasa de divorcio. Esto obedece no solo al ingreso de la mujer al mercado de trabajo, sino también una *mayor* aceptación de los valores “post materialistas”, y a la influencia de ciertos cambios estructurales en el orden económico.

En América Latina también se aprecian estas transformaciones, que consideran las mismas tendencias visibles en los países más desarrollados: mayor participación en el mercado laboral, crecimiento de hogares con jefatura femenina, reducción del tamaño medio de las familias, disminución de los hogares multi-generacionales, surgimiento de nuevas formas de familia, incluso en ciertos países y grupos sociales, retrasos en el matrimonio y aumentos en la convivencia y el divorcio.

4.- ¿Qué consecuencias tendrán las transformaciones a las que esta siendo sometida la familia en la actualidad?

Como se ha señalado bien por el trabajo de Esping-Anderson, la familia juega un papel importante en la creación del bienestar socioeconómico y la cohesión social. De hecho, algunos académicos imputan la crisis del sistema de bienestar en gran parte a las transformaciones que ha tenido la familia en las sociedades posindustriales; lo cual los conduce a subrayar la centralidad que adquiere actualmente la familia como factor neutralizador de los riesgos de la vida moderna.

Según Esping-Anderson, la familia es, junto al Estado y al mercado, uno de los tres componentes en la generación del bienestar y en prevención de riesgos y por cierto, en la producción de la integración social. Pero, a diferencia del mercado, que opera a partir del dinero, o el Estado, que opera basándose en la autoridad, la familia crea bienestar y maneja los riesgos a través de la reciprocidad.

El punto clave es que las transformaciones de la familia ponen en cuestión su papel en la creación de bienestar y la cohesión social. La familia estable, sustentada en el matrimonio y en un ingreso fijo, ya no es modelo general, sino lo atípico. Cada vez es más común que los hijos crezcan en un ambiente en el cual ambos padres trabajan, al mismo tiempo que aumenta considerablemente la cantidad de niños que viven en familias en las cuales las parejas conviven o en las cuales hay un solo progenitor.

Por otra parte, en la sociedad actual se ha producido el desplazamiento del Estado como herramienta creadora del bienestar social, y la transferencia de esa función al mercado: es, por ejemplo, en muchos países, el caso de la previsión, la educación, la salud, entre otros.

Todo lo mencionado ha significado para la familia una carga adicional extraordinaria en términos de las funciones que debe cumplir. En la práctica, la familia opera como el último punto de apoyo, compensando al mismo tiempo la ausencia del Estado y el déficit del mercado. Esto es particularmente agudo en el caso de los grupos más pobres, que tienen muchas veces a la familia como el único recurso de protección, seguridad y de oportunidades para lograr salir adelante. Por lo tanto, las transformaciones de la familia ponen en jaque todo el sistema de absorción de riesgos y de generación de bienestar.

Y, es más, esta recarga a la familia ocurre en circunstancias en que ella misma se hace más frágil, en la medida en que muta hacia formas más móviles y porosas, como la cohabitación o las familias constituidas tras segundas nupcias.

Cabe preguntarse si esta familia actual, que debe ampliar sus papeles para absorber funciones de las cuales antes se hacía cargo el Estado, no corre el riesgo de colapsar si no cuenta con nuevas herramientas para incorporar y hacer frente a estas nuevas demandas.

5.- ¿Qué hacer frente a este desafío?.

Mientras que el debate tradicional ha sido cuánto Estado o cuánto mercado se necesitan para una política social óptima, urge introducir una tercera variable: *la familia*.

Lo que se requiere es un reconocimiento de que las familias son uno de los canales más importantes para la transmisión de los efectos de Estado de bienestar hacia los mercados, y de allí hacia el desarrollo en general. Se requieren políticas públicas abiertas y agresivamente *PRO-FAMILIA*.

En ese sentido, se requiere, por ejemplo, políticas públicas que se hagan cargo de:

- Las madres adolescentes, que cada vez están teniendo más sus hijos fuera del matrimonio.
- Las madres separadas, que se encuentran insertas en una mayor proporción en el mercado laboral.
- Favorecer mayores avances en el ingreso de la mujer al mercado laboral, como por ejemplo, flexibilizando el mercado laboral, aumentando la oferta de empleos con horarios parciales, con plena protección en cuanto al acceso a los beneficios sociales.
- Invertir y ampliar la cobertura y la calidad de los centros de cuidado infantil, con el fin de permitir a la madre incorporarse a la vida laboral.

Desde esta misma perspectiva -la de las familias y de las mujeres-, se debiera examinar los sistemas de previsión, de salud, de cuidado de los ancianos, de vivienda y urbanismo y de educación, entre otros.

Nuestras políticas públicas, desde una perspectiva humanista cristiana, debieran ser definitivamente *PRO-FAMILIA*, y por esa vía, antipobreza, pro-igualdad, y pro-comunidad.

Pero el bienestar verdadero no se logrará si solo se enfoca nuestras políticas públicas hacia las familias dirigidas por madres solteras. Es necesario y fundamental, que se extiendan también a las familias formadas por parejas casadas.

La agenda *PRO-FAMILIA* debe fomentar una "*cultura matrimonial*". La familia formada con un vínculo matrimonial es más estable. La expansión de la cohabitación y la convivencia, por lo mismo, no es neutral: genera parejas más débiles y familias con más probabilidades de desintegrarse, con efectos negativos para hijos y adultos.

Hay un interés social en el matrimonio y en su permanencia. Hay que asegurar que las instituciones de bienestar funcionen para hacer frente a los riesgos que enfrentan las nuevas generaciones de niños que nacen de familias biparentales formalmente constituidas, tanto como los niños que nacen crecientemente de madres solteras.